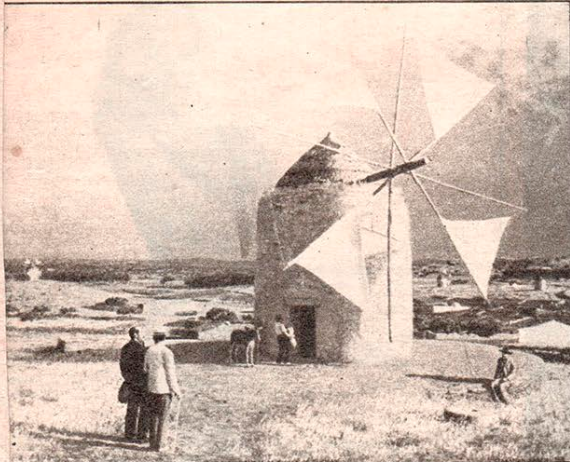
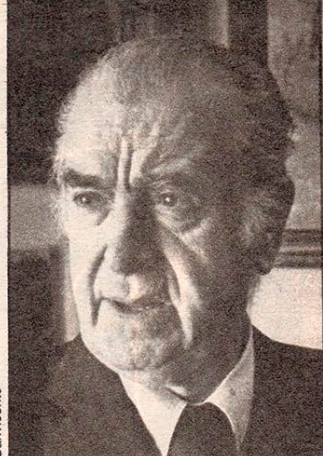




Sanvicente



Junto a estas líneas, Sebastián García Vázquez parece observar una de sus obras, «Antiguos molinos de Puebla de Guzmán».

A principios del año pasado, Enrique Montenegro me hizo saber, desde Huelva, que el Andévalo se le preparaba un gran homenaje a Sebastián García Vázquez. Cuando me disponía a escribir sobre ello, reí en que estaba próxima ya la fecha del 29 de febrero y es la llegada de ese día, aniversario del nacimiento de este autor que en 1904 vino al mundo en Puebla de Guzmán, para felicitarle y al mismo tiempo conocer nuevos detalles acerca de ese acto que nuestro común amigo estaba gestionando con tanto entusiasmo. «Ni hablar me dijo, a través del teléfono—. Le agradezco su felicitación, pues no esperaba que al fin se acordara del empleo de este pobre viejo, tampoco soy tan optimista como usted cuando dice que, por haber nacido yo en un año bisiesto, ya no podrá volver a hacerlo hasta dentro de cuatro años. Entonces ya no estaré en este mundo, aunque, quién sabe,

Dos ausencias en la pintura andaluza

Sebastián García Vázquez y Ramón Monsalve Caruz

cuando joven pensaba que no llegaría a cumplir los cuarenta y ya ve, aquí estoy. Pero de lo otro, de lo del homenaje, no publique nada, por favor, pues ya le he dicho a Montenegro que me niego rotundamente a más jaleos de esos.»

Así era Sebastián García Vázquez. Así de modesto y sencillo fue siempre este gran artista que, hace unos meses, el día 5 de mayo, falleció en el mismo pueblo a cuya luz había abierto su siempre limpia mirada. A la luz que en todos sus cuadros envuelve a los seres y al paisaje de aquella comarca y una mirada, tan profunda como sus sentimientos, que, aunque gastada de

tanto llevar al lienzo cuanto en Sevilla únicamente observaba con los ojos del alma, en sus últimos años aún guiaba a su mano para, con la palabra escrita, continuar expresando aquellos recuerdos que con tanta ternura antes habían revelado a todos con el sencillo lirismo y la calma de su pintura.

Y es la fidelidad a esos recuerdos, lo auténtico de unas vivencias tan enraizadas en aquel ambiente rural, lo que presta la mayor singularidad a la obra de este artista que, después de haber obtenido en 1932 la tercera medalla de la Exposición Nacional de Bellas Artes, a la que luego sumaría la primera de

este certamen, durante treinta y un años, desde 1943 hasta su jubilación, desempeñaría en Sevilla la cátedra de Dibujo del Natural en Movimiento en la Escuela Superior de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría. Algunos de quienes en esta fueron compañeros y alumnos suyos, con él mostraron sus obras en aquella exposición que, con el título de «En torno a Sebastián García Vázquez», hace un par de años fue mostrada en una galería de arte de Huelva. Allí, rodeado de amigos, me dijo estas palabras que ahora recuerdo como su mejor epitafio: «Nunca he podido hacer algo, sea pintar o escribir, que no lo haya sentido en mis adentros.»

Esa autenticidad también acompañó siempre a Ramón Monsalve, ese otro veterano artista que el día 11 del pasado mes de julio falleció en Sevilla, cuando contaba ochenta y tres años de edad. Una existencia, la suya, durante veinticinco años dedicada a la enseñanza en la Escuela de Artes y Oficios y en la Superior de Bellas Artes, donde en 1945 ingresó como profesor de Colorido. Apenas tuvo ocasión de conocer a este pintor sevillano, siempre recluso en el viejo molino alcazareño donde esa existencia, compartida con Lola Sánchez, su inseparable esposa y compañera, transcurrió tan callada como silencioso era él mismo. Tan callada como también lo era su propia obra. Un artista que en 1951 fue reconocido con la tercera medalla de la Exposición Nacional de Bellas Artes y que sólo pintaba para satisfacer el goce estético que la pintura le producía.

Dos ausencias que a la pintura andaluza dejan huérfana del magisterio, artístico y humano, que ambos ejercieron.



Ramón Monsalve y «Retrato de Lola», una de sus últimas creaciones.

